



PUREZA. — FELICIDAD.

La lámina anterior es un mero capricho de artista; una sencilla, pero graciosa escena de inocencia y de bien estar. La pintoresca perspectiva del terrado de una casa de aldea, por cuyo frente trepan caprichosamente algunas plantas de enredaderas sobre las cuales se distingue la jaula en que una paloma bate alegremente las alas al ver á

su ama, sirve de marco á la graciosa cabeza que campea en medio de aquel, cuadro armonioso y encantador. El dibujante ha sabido imprimir á esa figura que riega tranquilamente las plantas, una tieta de pureza enteramente acorde con los accesorios que la rodean.

## ISLA DE CUBA.

## ARTÍCULO PRIMERO.

Siempre el día que sirve de término á un viaje, es saludado con inefable placer.... pero este placer es inmenso, casi no conoce límites, si el viaje de que se trata ha sido hecho en un buque de vela, que desde la bahía de Cádiz hasta la de la Habana no ha dejado de estar en movimiento. ¿Sabéis vosotros, los que nunca hayais perdido de vista las torres de vuestro pueblo, qué cosa es vivir por mas ó menos espacio, en uno de madera que flota á merced de los vientos, y cuya suerte es tan incierta como la huella momentánea que en pos de sí vá imprimiendo en el anchuroso piélago? ¿Y podéis comprender que existe humana resignación para no ver un día y otro sino los mismos objetos, y para encontrarse en todas direcciones á mil leguas de la tierra? Mucho tiene adelantado para inglés el hombre que haya efectuado largas navegaciones. Por lo demás, el arribar á puerto es cosa segura, si el buque no se ha pasado por ojo, ó estrellado contra alguna costa, cavo ó bajo, de esas que por desdicha son mas altas de lo conveniente.

Era el 11 de agosto del año próximo pasado, día en que justamente hacía un mes de nuestra salida de España.... El sol ardiente y magnífico de América, cercano ya á hundirse en los horizontes de ocaso, dibujaba al esparcir los últimos rayos de su lumbré, mil caprichosos y variados celajes, que á manera de cordilleras iluminadas, se destacaban en un cielo de purísimo azul. La brisa refrigerante de las regiones tropicales mitigaba el ardor de un estío rigoroso que habíamos comenzado á sufrir desde que perdimos de vista el encumbrado pico de Tenerife; y esta misma brisa tan fresca, tan consoladora, traía á nuestra embarcacion ahelados y exquisitos perfumes. No era este solo indicio de tierra el que habia hecho subir precipitadamente sobre el carmanchel de popa á los tripulantes del velero bergantín *Joven Emilia*, que á favor de un delicioso nordeste hendía rápidamente las olas. Diferentes aves de pintados y brillantes matices revoloteaban hacia rato en derredor del velamen; y en direccion á la proa distinguíase una masa informe y oscura, que dejaba de serlo con ayuda de un buen antejo, objeto de las caricias generales.

El grito de ¡Gerra! ese grito heroico y salvador dado tres siglos antes por Cristóbal Colón en las propias regiones, habia sido lanzado ya por un marinero desde el elevadísimo tope, y la bandera nacional, traída oportunamente, ondeaba con magestad por los mares de las Antillas, y parecía recobrar el pasado esplendor y alta gloria con que en ellas tremoló por primera vez.

Mas tarde nos encontráramos fondeados en una estensa bahía, poblada de numerosas islas de todas naciones, y cerrada por fortalezas formidables, como el *Morro*, la *Punta* y la *Cabaña*. Las mil querellas que se suscitan irremediamente á bordo de un buque en una travesía larga, habian desaparecido ya: tampoco se retrataba en los semblantes la angustia producida por el temor de los constantes peligros del mar. Todo era alegría, felicitaciones y preparativos para salir en tierra; todo era admirar el panorama seductor de los verdes y floridos campos de Cuba, que rodean semicircularmente la pintoresca y floreciente ciudad, centro y corte de la siempre fiel Antilla. ¿Quién al contemplarla no pronuncia con entusiasmo el nombre del atrevido Almirante, que en alas de la ciencia y el genio voló á descubrir tan rica, tan inestimable perla? ¿Quién no recuerda con orgullo, si alimenta en su pecho un corazón español, las inclitas glorias de España, de que la isla de Cuba forma el mas bien escrito poema? ¿Y quién, por último, no olvida los riesgos de la navegacion, la ausencia del suelo en que vió la luz primera, y hasta las fatalidades del destierro, en vista de un cuadro tan magnífico, que basta por sí solo para traer á la imaginacion los bellos cuentos y las poéticas descripciones hechas de América por distinguidos escritores, y grabadas en la memoria de todos con misterioso placer? Por nuestra parte, y á pesar de los infinitos sinsabores que debia causarnos el arribo á un pais extraño, al cual llegáramos contra nuestra voluntad, fué tan grande la emoción que sentimos en aquellos instantes, que impresionados fuertemente, hicimos los siguientes versos, que no tienen á nuestros ojos otro mérito que el de la verdad.

## A CUBA.

El genio de los Trópicos me inspira  
en la hermosa rejion del Nuevo Mundo,  
y un acento arebata de mílira  
á la vez melancólico y profundo.

Perla del mar, Antilla codiciada,  
contemplo tu esplendor abscorto y mudo;  
de un yate oyo la voz enamorada,  
aurora de Colon; yo te saludo!  
Soñaba yo un eden grato y hermoso  
en los dorados sueños de mi infancia,  
un suelo encantador y delicioso  
de un aura pura de eternal fragancia.  
Y se estasiaba allí mi alma embebida  
percibiendo el olor de ricas flores,  
y la llamaba en mi ilusion querida  
la tierra del placer y los amores.  
Está rejion de dulce bienandanza  
ansiosa procuró la mente inquieta,  
sin perder de encontrarla la esperanza  
que profetiza el sueño de un poeta.  
América, eres tú....! yo te veia;  
mis sueños tu belleza me pintaron,  
y antes de contemplar tu lozanía  
ya mi alma y mis versos te cantaron.  
Y hora á la chispa del divino fuego  
que en grata inspiracion mi pecho inflama,  
apenas la pasión á que me entrego  
puede espresar lo intenso de su llama.  
Necesito cantar; fieros rigores  
mi edad aun muy temprana marchitaron,  
y de agudas, tristes dolores  
la sonda de mi vida convencionaron.  
Y tras largo pensar y desventura,  
y cuando tenía el corazón marchito,  
pues le pudo inflamar tanta hermosura,  
cantar á la hermosura necesito.  
Os saludo otra vez, tiempos risueños,  
de la virgen América la palma,  
poéticos paisajes de mis sueños,  
ilusiones queridas de mi alma!  
Como quieren las auras en el prado  
la mas preciosa flor, la mas brillante,  
ó como estima el ruisenor pintado  
del esplendente sol la luz radiante,  
y como fuese amante enamorado  
adora la belleza de su amante:  
¡oh suelo virginal del nuevo mundo,  
así te adoro con amor profundo!

Mientras que de este modo pagaba tributo á la adiccion que desde los años mas tiernos ha dominado mi espíritu, y emborronaba mi cartera con los anteriores versos, la flota de sanidad, y los *guardaños* (1) de pasaje habian aboudado el bergantín, recojiendo aquella la patente de sanidad, y otros documentos que las ordenanzas marítimas prescriben, y preparándose estos (los *guardaños*) á conducir á tierra los pasajeros. Sin embargo, yo que lo era tambien, y que en tal concepto habia atravesado igual número de leguas que los demas, debia por entonces verme privado de entrar en la hermosa poblacion que veia, que casi tocaba con las manos, y que era para mi otro suplicio de Tántalo. En cambio nos embarcamos en direccion á la fortaleza de la *Cabaña*, á la voz de un ayudante rígido y exacto si los hay, pero que por otra parte se condolió de nuestra suerte, segun tiro la bondad de manifestárnos. Nuestros lectores habrán comprendido ya cual era nuestra situacion; nosotros que deseamos desechar recuerdos tristes, no esplicaremos la angustia de que estábamos poseídos al atravesar los innumerables fosos y rastrillos de aquella estensa mansion, sobre la cual la noche derramaba todas sus tinieblas.... habíamos dejado atrás el océano para variar de prision, y nada mas.

Doce dias estuvimos en la *Cabaña*, en los cuales tuvimos barta ocasion de observar lo soberbio, lo grande de esta fortaleza de que decía Carlos III lo siguiente: «Si desde mi palacio de Madrid hasta ella pusieramos una hilera de pesos fuertes, no habria para pagar lo que me tiene de coste su construccion.» Colocada en frente de la ciudad, que domina y podria destruir en dos horas, sostenida por los no menos fuertes castillos del *Morro* y *Príncipe*, y capaz por sus anchos y espaciosos cuarteles de una inmensa guarnicion, seria la primer fortaleza del mundo, y el mas indestructible valladar de toda invasion por mar ó tierra, si una fatal circunstancia no tenida en cuenta por su arquitecto, no hubiera hecho conocer que dicha fortaleza es accesible por la última parte. A muy poca distancia de la *Cabaña*, se eleva una gigante loma que parece destinada á bombardearla y destruirla; esta altura colosal, una vez tomada por los enemigos, es la llave de casi to-

(1) *Guardaños*.-Este nombre dan en Cuba á unas lanchas pequeñas que sirven en grueso número y con mucha rapidid la bahía.

dos los puntos de defensa edificados en distintas épocas, como en demostración de cuanto han estimado siempre nuestros monarcas, la incomparable joya que el mar eternamente circunda. La *Cabaña* está guarnecida por un regimiento que se releva todos los años, y tiene un gobernador que es ahora el señor Brigadier Conti, persona que recordamos con ese imborrable agradecimiento que profesan los que se han encontrado privados de libertad, á aquellos que tan penosa condiccion

han sabido hacer llevadera. Por lo demas, la Cabaña es una especie de pueblo, con sus calles, plazas y paseos, y con sus bailes y tertulias que improvisan diariamente las familias de los oficiales, en que reinan por lo comun la franqueza militar, y la del pais: dos franquezas que mezcladas producen una de buenísimo efecto.

Dada por el Excmo. Sr. Capitan General la orden de soltura, y ejecutada esta por el mismo ayudante que nos habia conducido, revan-



Cristobal Colon (1).

na que tomó con satisfacción suya y nuestra, nos embarcamos en un guadaño que rápido como el pensamiento, y á través de estrechos canales que formaban los innumerables y apiñados buques, nos condujo al hermoso muelle de *Caballería*, fabricado de rica caoba, que apenas puede sostener el peso de la azucar y onzas de oro que en las horas de faena le oprimen. El aspecto de tanta riqueza nos hizo convencer bien presto de que entrábamos en uno de los puertos mas florecientes y mercantiles del mundo.

Como sabíamos que la Habana no era notable por sus monumentos, sorprendionos mucho el erijido en memoria de la primera misa que en ella se dijo (2).

Está situado en uno de los costados que forma el cuadrado de la plaza de armas, junto al cuartel de la *Fuerza*, y frente al palacio de gobierno. Hasta 1754 no existia en dicho sitio otra memoria que recordase tan solemne acontecimiento, que una corpulenta *ceiba* (3), testigo de él, y que las injurias del tiempo, ó mas bien la falta de cuidado ha hecho que desaparezca. En el mismo año, y reinando D. Fernando VI, mandó construir el Mariscal de Campo D. Francisco Cajigal

de la Vega, un bello obelisco que existe todavía. Nada se hubiera conseguido con esto, porque las casas labradas en derredor, y los escombros le habrian sepultado como á la sagrada Ceiba, si ganoso el general Vives de eternizar el primer tributo dado por nuestros padres á la religion en el suelo de Cuba, no hubiera mandado construir el hermoso templo de que nos ocupamos. Comenzó la obra el día 21 de noviembre de 1827: su figura es la de un paralelogramo rectángulo, de treinta y dos varas este oeste, y doce norte sur, y está cerrada por una gran verja que tiene diez y ocho pilares de cantería; el obelisco de que hemos hablado sobresaie en el centro. El templo se eleva sobre seis columnas toscanas con basamento ático y tiene veinte y seis pies de latitud, y treinta y seis de longitud. Cuatro sencillas pilastras de los mismos órdenes terminan esta delicada arquitectura. En el mástil de la portada, y en el escudo de las armas que ostenta, léese la siguiente inscripcion:

*La siempre fidelísima ciudad de la Habana.*

Al célebre cuanto virtuoso obispo diocesano D. José Diaz de Espada y Landa, se debe un busto que hizo construir á su costa, de Cristóbal Colon, trabajado en marmol, y que puesto en un nicho es la primera cosa que se observa al entrar en el *Templo*. Hay ademas en el tres cuadros de poco valor artistico: el primero representa la instalación del primer ayuntamiento de la Habana; el segundo el acto en memoria del cual se ha elevado el *Templo*, y el tercero, por último, la inauguración de este.

En la actualidad el precioso monumento que hemos descrito, ne-

(1) llamamos la atención de nuestros lectores hacia este retrato, que tiene el mérito de ser copia exacta de uno variísimo, hecho del natural en Roma por mano maestra.

(2) No ha podido entrar la vista en el ajuste de este número.

(3) Arbol gigantesco por su elevacion y tronco gruesísimo, respetado del rayo, y perseguido de parásitos; es silvestre, muy comun, y de vida dilatada; sus hojas alimentan á los animales; su abundante lana se aprovecha para colchones, almohadas, y otros usos, etc.

(Diccionario provincial de voces cubanas.)

esita reparación, para cuyo laudable objeto efectuó el Liceo una función hace algunos meses. Como entonces formábamos parte de la redacción del *Diario de la Marina*, tuvimos el gusto de manifestar lo conveniente, lo indispensable de que el *Templete*, padrón de tan santos y gloriosos recuerdos, se salve de la ruina que le amenaza.

EMILIO BRAVO.

## ESTUDIOS

### SOBRE LAS COSTUMBRES ESPAÑOLAS.

#### PRIMER CUADRO.

#### DOS DESENLACES DE UN SOLO DRAMA.

#### II.

A la hora acostumbrada estábamos reunidos la mayor parte de los concurrentes de la tarde anterior en casa de nuestro amigo, cuyo nombre, que era don Antonio, no he dicho todavía á mis lectores. Faltando, sin embargo, algunas personas, se convino en suspender la prosecución del cuento interrumpido, hasta que estuviésemos todos; y entretanto recayó la conversación, como era natural, sobre el punto que estaba pendiente.

Don Diego, que no renunciaba fácilmente á sus opiniones, y que además estaba un tanto mortificado viendo que le combatía don Antonio, fué quien primero renovó la lucha diciendo:

—Dos cosas pienso de la historieta de ayer, señor don Antonio: la primera que es asunto trillado, y por lo mismo sin interés; la segunda que va á ser argumento *contra producentem*, como se decía en la universidad cuando éramos muchachos los dos.

—Contestaré, —repuso el interpelado,—que yo no prometí á Vds. una novela, y que los sucesos reales y verdaderos de esta prosaica vida que nos cupo en suerte, ofrecen cara vez el carácter dramático y original con que, á costa de la verosimilitud, nos interesan los libros de pura invención. Está en cuanto al primer punto; por lo que al segundo respecta déjeme V. concluir y juzgará luego.

—Yo,—dijo Alfonso,—quisiera á decir la verdad, que el señor don Antonio pusiera un poco más en evidencia á sus personajes, que los hiciera hablar á ellos, y dejase á cada uno de nosotros el cuidado de deducir las consecuencias de los hechos.

—Lo que V. quisiera, amigo mío,—contestó el huésped,—es que yo con mis sesenta años y mi peluca y todo, le pintase muy al vivo los transportes de Sancho y Leonor, poniendo en primer término del cuadro á los dos amantes, y en el fondo, para dar sombra y por consiguiente realce á los culpables, al marido víctima, pintándole con tan negros colores, que todos á una voz clamáramos anatema y maldición sobre el tirano! No por cierto: no lo haré, porque á mis años ya no se ven las cosas al traluz del prisma de las pasiones; no lo haré, porque en mí entender pintar el vicio con los mismos colores que el heroísmo es abusar criminalmente del talento; no lo haré, en fin, porque el objeto que me he propuesto es el de hacer un estudio analítico de dos épocas distintas, comparándolas entre sí, y no el de interesar con dos historietas que nada ofrecen de particular. Si Vds. creen que la cuestión pendiente vale la pena de que prosiga, lo haré; si no hablemos de la ópera de anoche; y de todas maneras tomemos café.

Rogámosle todos que continuase su cuento, y en efecto, lo verificó nuestro complaciente amigo de esta manera:

—Vamos á dar un gran salto, Señores, trasladándonos á unos tres siglos, poco más ó menos, después de la época en que ayer dejamos pendiente nuestra historia; y pará que la transición de sucesos á sucesos no sea tan violenta, digamos algo del teatro de la nueve escena.

Imaginen Vds. que estamos, como ayer, en Andalucía, pero no ya sobre un alto cerro sin mas edificio que un castillo feudal, sino en una villa de mediana población, edificada sobre la vertiente del monte y coronada por una especie de palacio, en cuya fachada dórica se revelan los arquitectos del tiempo de Carlos III; pero que con dos torres, ruinosas la una, si bien conservada la otra, dá testimonio de su origen y uso primitivo. Al angosto sendero del siglo XVI ha reemplazado anchuroso camino practicable para los carruajes; arillas del arroyo antes solitario se levantan blancos molinos de aceite; y á la ríjida uña de la amarga adelfa, á la nieve de los salvajes lirios, unen su ver-

dura y lozanía el naranjo, el limonero y el olivo. La mano de la civilización ha cambiado el aspecto de la que fué frontera del Moro; y si bien la guerra de la independencia, reciente en la época á que ahora me refiero, dejó estampadas sus huellas allí, como en toda España, con numerosas y humeantes ruinas; con todo eso, la acción de tres siglos hizo prodigios, y si los contemporáneos de Carlos I resucitasen, difícilmente reconocerían aquella region.

Era una tarde del invierno, iba el sol á ocultarse entre cenicientas nubes, y sus líbidos rayos coloraban apenas las ennegrecidas piedras de la antigua torre, cuando con asombro del cura, del médico y de algun otro personaje de la villa, que en el camino daban su acostumbrado paseo, comenzó á subir hácia el palacio, al trote de ocho rozagantes mulas, un coche de colleras, mole inmensa, mas propia para dar idea del reposo de los cuerpos que para instrumento de locomoción. Entonces no había, señores, otros medios para viajar; hoy, merced al cielo, tenemos ya en España diligencias aunque pocas.

Feliz acontecimiento fué para los paseantes la llegada del coche, pero mas completa fuera su ventura si unas malhadadas persianas verdes no impidieran al mas curioso é intrépido de todos ellos (el barbero sería), que al efecto subió sobre uno de los guardacantones del camino, penetrar con la vista en lo interior de aquella máquina dorada y estofada á manera de retablo de Churriguera, y ver por consiguiente quien ó quienes eran el caminante ó caminantes que á la villa venían. Mas el zagal entre las dos mulas delanteras, y el mayoral sobre su pescante, corriendo aquel con estraña ligereza de piernas, voceando este con pulmones de bronce y descargando la tra ya sobre la *Morota*, ya sobre la *Coronela*, que formaban su valeroso par de lanza, se dejaron bien pronto atrás á los curiosos envueltos en una nube de polvo, ocultándose á su vista en una de las muchas vueltas y revueltas del camino, merced á las cuales era posible al tiro arrastrar el coche hasta la cima del monte.

[Oh, si yo fuera uno de aquellos bienaventurados narradores cuyo talento descriptivo estiene, deslie y, por decirlo así, disuelve los sucesos, en un mar de entretenidos y maravillosos pormenores! Entonces me los llevaría á Vds., mis caros oyentes, como por la mano á la casa del cura, haciéndoles asistir, ni mas ni menos que el ama de su merced, á la tertulia que bajo la campana de la chimenea, cuyo vuelo no se extendía á mas de un buen tercio de la cocina, tenían todos los paseantes y algunas personas más de la villa. Faltábame entonces solo la pluma, festiva á par que docta y tan ligera en las formas como en la observacion profunda, de ese escocés llamado Walter-Scott, cuyas obras han dado á la novela una importancia que, desde Cervantes y Lesage acá, no tuvo nunca; faltábame, digo, esa pluma no mas, y yo entonces repetiria un coloquio en el cual se apuraron cuanto la ociosidad curiosa, la lógica desconcertada, y la mortadidad mezquina de un pueblo corto pueden inspirar á gentes, en el fondo buenas, pero excitadas por el impotente deseo de saber lo que ignoran. Y todo esto, amigos míos, porque el coasabido coche habia entrado en el palacio, cerrándose tras de él la puerta cochera, y sin que ni los criados del conde San Justo, que lo habitaban ordinariamente, ni persona alguna saliera á dar noticia de quien eran los recién llegados.

No crean Vds. que voy á dejarles con igual curiosidad; antes al contrario, siganme al patio interior del palacio, cuadrilongo formado por cuatro pórticos ó soportales, en cuyas columnas, del mismo órden que la fachada, estribaba una galería, ostentando sobre el arco del centro de cada lienzo un escudo de armas ó esculpido con inteligencia en el blasón y gusto en el dibujo; y si quieren Vds. llegar conmigo hasta el pié de una ancha escalera de piedra, donde la falta de uso dejó crecer la yerba entre sillar y sillar, verán abrir la portezuela del coche á un sumiso mayordomo, y bajar de él á dos personas: un hombre y una mujer.

Bajó aquel primero y tendió grave y cortés la mano á la segunda. Ella, alargando la suya y apoyándola apenas en la de su acompañante, salió del coche y con trémulos pasos comenzó á subir la escalera.

Año de cuerpo, nuevo de constitucion, blanco el cabello, sereno el aspecto, grave en el porte y envuelto en un gran *carriá* ó capote con muchas esclavinas que entonces era de moda, con planta firme subió el hombre en pos de la dama, siendo de notar que iba de media de seda blanca, calzon corto del mismo color, y zapato con hebilla, traje que ni en aquel tiempo ni en ninguno se ha usado para viajar. En cuanto á la señora, parecia tener la tercera parte de los años que el que iba en su compañía, es decir, unos 19 ó 20, y su rostro, singularmente pálido, era bello á pesar del sobrecido que en él se notaba. Por lo que respecta al traje no ofrecia menos contraste el de aquella señora con su situacion que el de su acompañante, pues debajo de una especie de capoton ó sobre todo de esquinito paño de Damas se dejaba ver ya por una parte ya por otra, un magnífico vestido de raso blanco guarnecido de primorosas artísticas flores. Todo

lo observaba el mayordomo con gran sorpresa, pero guardábase bien de hablar palabra y hasta de manifestar alteración en el semblante; porque su amo el conde de San Justo, que era quien con su joven esposa acababa de llegar, gustaba poco de curiosos é impertinentes, y menos de que sus criados se metiesen en mas honduras que en cumplir con sus obligaciones respectivas.

Das palabras sobre el Conde: militar desde sus mas tiernos años, como de tiempo inmemorial lo habian sido siempre todos sus abuelos, era ya coronel de un regimiento provincial y brigadier de infantería, cuando estalló la guerra de la independencia. En ella combatió como buen español y excelente soldado, obteniendo, mas aun que por su nombre y posición social, por su valor intrépido y su inflexible firmeza en el mando, el empleo de teniente general y la gran cruz de san Fernando. Como militar era estimado, como jefe temido, y como funcionario público gozaba de la mas alta reputación de integridad; mas como hombre pocos le amaban. ¿Por qué así? Su carácter taciturno, un espíritu de orden que frisaba en exagerado rigorismo, una severidad en hacer justicia que, no dando nunca oídos á la misericordia, parecia muchas veces crueldad, y es posible que algunos lo fuese, eran defectos que destruyeron á otros su valor y su firmeza, por otra parte, nadie le negaba. Tan cierto es que en este mundo hasta la virtud misma ha menester ser amable para que la amemos. Tal era, Señores, el Conde de San Justo, esposo á los 60 años de una linda muchacha, gala y ornato de las riberas del Betis.

Bastó y aun sobró tanto tiempo como acabo de gastar en mi torso retrato del Conde para que él y su mujer llegaran al piso principal, y fueron por el mayordomo introducidos en una espaciosa antecámara oscura mas que por falta de luz, por sobra de lapiceras en las paredes y profusion de damascos en las ventanas.

Antes de pasar adelante, bueno será decir á Vds. que conozco el lugar de la escena por haberlo habitado durante algunos meses, y que sé todos los pormenores del sucesos de boca del mismo mayordomo, en quien hizo profunda impresión, y que gustaba de referirlo mas de lo que lo discreción aconsejaba.

Habia, pues, en el fondo de la antecámara una grande y tallada puerta de nogal que comunicaba con el estrado ó sala de recibir; á la izquierda, otra que daba paso á las numerosas habitaciones de la parte moderna del edificio; y otra, á esta frontera, ligaba al palacio con el antiguo castillo por medio de una inmensa galería, cuyo extremo apuesto era ingreso á la mejor conservada de las dos torres de que me parece haber hecho ya mención.

La hora, la inesperada del arribo de sus amos, y mas que todo la sorpresa que lo singular de su traje le causaba, hicieron que, vacilando el mayordomo en cual de las puertas habia de abrir, la del estrado ó la de las habitaciones, y deteniéndose en medio de la antecámara, se volviere á sus amos con intención de tomar sus órdenes; pero el Conde sin darle mas tiempo que el necesario para que acabase de fijar en él la vista, señalando al mismo tiempo la entrada de la galería.—Por allí, don José, dijo.—Es de advertir que en los veinte años que don José llevaba de mayordomo apenas habla tenido ocasión de abrir la puerta que se le señalaba, mas que para enseñar la galería á alguno que otra curioso viajero; porque la habitación de la torre, si bien conservada como histórico monumento de la familia, jamás fue ocupada por ninguno de sus individuos. Así no extrañarán Vds. que, lleno de admiración, dejase, acaso por vez primera, de obedecer instantáneamente la orden recibida; pero el Conde repitió con acento breve y enérgico tono:—Por allí don José por allí he dicho;—y el criado, buscando soltado en el manejo de sus llaves la de la antigua y maciza puerta, abrióla de par en par con cuanto presteza pudo. Entonces, sencilla como la incierta luz del crepúsculo de la tarde, silenciosa como un sepulcro, y lóbrega como una prisión, mostróse á la pálida y aserrada dama aquella galería donde, ni aun en sus alegres momentos, osó nunca penetrar sin que un presentimiento indefinible, un terror vago de aquellos que hielen la sangre en las venas sin que la razón acierte á darnos cuenta de la causa que lo motiva, hiciera palpitar su corazón. Habia ya el mayordomo entrado en la que fué parte del antiguo castillo; sus pasos, aunque mesurados, resonaban en la maciza bóveda; y el Conde indicaba con severo ademán á su esposa el camino que debia seguir; mas ella, cual si sus plantas hubieran bebido raíces en el suelo, permanecía inmóvil. Conociendo que no le seguían, arriégose don José á volver atrás la cabeza, y vió á su señora mas pálida que nunca, levantar sus ojos avasados en lágrimas al rostro de su marido, cruzar las manos en actitud de súplica, mover los labios como si fuera á hablar; pero la fría severidad, la inflexible expresión de dureza que vió en el rostro del Conde y un ademán imperioso de este pusieron término al no empezado ruego, y la decidieron á obedecer. Decía el mayordomo, refiriéndose al caso, que su ama parecia víctima que al suplicio caminaba, y su señor, no viendo, pero sí juzgando culpable que por sí mismo quiere asegurarse de la terrible ejecución de su sentencia.

Los retratos de los ascendientes del conde, cronológicamente ordenados en la galería, como yo los he visto aun, fueron muchos vestidos de aquella escena; y una verdad que la reunion de tantos guerreros armados unos de punta en blanco, otros con el traje flamenco ó chambergo; de cortesanos ataviados con las ricas pomposas galas que de la corte de Luis XIV trajo á España su nieto Felipe V; de obispos y otros eclesiásticos; de caballeros de las órdenes militares; de graves logados; de discretos palaciegos en traje, que aun en nuestros dias hemos visto y se llamaba de corte; aquella reunion, digo, de tan extraños personajes, era una especie de congreso de los diferentes siglos, donde todas las profesiones de la nobleza tenían sus representantes. Mas no bajo ese aspecto debia de considerarlo entonces el Conde su nieto, sino como terribles jueces de su conducta que iban á pedirle cuenta severa del esplendor del nombre que le habian transmitido. Tales eran las ideas de los antiguos nobles dignos de serlo; y aquellos que solo se acordaban de sus blasones para fundar en ellos cierta vanidad, en el desprecio de sus iguales y en la mofa que de ellos hacian sus inferiores hallaban merecido castigo. Nuestro conde era, como decen suale, hombre chapado á la antigua, y caballero además á todas luces. Cuales serian los pensamientos de los esposos mientras el mayordomo abria la puerta forrada con planchas de duro hierro que, en el fondo de un arco de los que los arquitectos llaman arribigos y tienen forma de herradura, corraba el ingreso á la torre, no puedo decirselo á Vds.; pero sí, que cuando aquel, concluida su operación, dió algunos pasos atrás para dejar que pasaran sus amos, vió á la señora con los ojos clavados en tierra murmurando entre sollozos, como si al cielo dirigiera sus últimas plegarias, y al Conde cruzados los brazos y fija la vista en un retrato que con el uniforme de mariscal de campo, el manto de la orden de Santiago encima, y la mano apoyada en un libro que llevaba por título, «*Comentarios del marqués de Santa Cruz*» parecia que tambien por su parte miraba con airada compasión al heredero de su nombre y título, al hijo en quien fundó toda la alegría y esperanza de su vejez, al último vástago del antiguo illustre tronco, al objeto de su postrer pensamiento en la tierra, acaso el primero de sus recuerdos en el mundo de la verdad.

Hay solennes ocasiones en la vida en que lo presente es poco espacio para el pensamiento, y entonces estiendo su vuelo á los pasados tiempos; entonces la imaginación exaltada evoca las sombras de los muertos, se ve en su presencia, oye su voz grave y sonora como la del bronce, responde á sus cargos; entonces tambien un destello del porvenir ilumina el alma, y los que todavia no son, los que han de formar el ente moral que llamamos posteridad, vienen á pronunciar ante nosotros su tan temido cuanto incierto fallo. En esos momentos, por poca poesia que en suerte nos haya cabido, la vida se convierte en un anticipado paraíso, ó en un preludio del infierno, segun el origen de la ilusión lo da de sí. Tal era la situación del Conde, en quien, mientras contemplaba el retrato de su padre, luchaban las preocupaciones heredadas con las ideas adquiridas, la severidad del animo con los consejos de la razon, la violencia de los afectos con la templanza del juicio, la rigidez del carácter con la madurez de las canas. ¿Qué diré de su esposa? El terror embargaba todas sus facultades mentales; lágrimas y no mas que lágrimas eran su único amparo, y en casos semejantes la fuerza del dolor hace imposible todo raciocinio, ¡Oh! si el pincel de Velazquez ó la pluma de Cervantes plataran aquel cuadro, inútil me fuera continuar esta relacion; porque Vds. comprenderian desde luego las situaciones, y su talento deduciría fácilmente la consecuencia á que con mi prolijo cuento llegáremos mas tarde; pero puse que yo soy y no otro el que lo sucedido refiere, forzoso será que á mi manera lo haga.

Ya estamos dentro de la torre en un aposento que ocupaba la mayor y principal parte del ámbito de uno de sus pisos, iluminado durante el dia por altas ventanas, en todo semejantes á su puerta, y de noche, por lo menos en los antiguos tiempos, por una lámpara de plata, prolija y curiosamente trabajada al gusto italiano del siglo XVI, lámpara que pendiente del centro de la bóveda daba á aquella habitación un aspecto de ligebre regularidad. Cubrian sus muros especies flamencas de esquisito trabajo, evidentemente contemporáneas de la lámpara, en los enlacs con brillantes, aunque algun tanto desentonados colores, se vela tejida en realidad, si en la apariencia pintada, la historia de los trabajos de Hércules, y los personajes en ella representados, á excepcion del protagonista, vestidos á usanza de cortesanos y damas del tiempo en que la obra fué ejecutada. Un techo cuadrado y macizo de nogal, con dosel y paramentos de tapicería, compañeros de la que adornaba las paredes, dos inmensos sillones de nogal cuyos altísimos respaldos terminaban en un primoroso adorno de talla, y una mesa sobre la cual lucia en rico marco de ébano una luna de Venecia, y por último, una alfombra murina de dos dedos de espesor que cubria los toscos sillares del piso, eran, y son hoy, los principales muebles de aquel cuarto. Añadan Vds., para conocer la habitación cual si en ella

hubieran estado, un crucifijo de plata sobre la mesa, con un candelero de metal á cada lado, y en frente del espejo un retrato de un guerrero, hecho, si no por el Ticiano, que no soy bastante inteligente para afirmarlo, á lo menos, y en eso no tengo duda, por algun pintor de sus discípulos ó imitadores. Debo añadir que el citado retrato no era de cuerpo entero, sino de cintura arriba, y que el personaje en él pintado lo estaba con su coraza y brazaletes de acero, la venera de Alcántara pendiente al cuello de una cadena de oro, la una mano apoyada en el pomo de la espada, la otra en la cimera del casco, colocado á su derecha sobre una mesa, alta la vista y despejada la

calva frente, impassible el semblante, duro, en fin, el ademán y gesto.

Dacia que estábamos ya en la torre, y debo añadir que tambien en ella habian entrado el Conde y la Condesa; pero es tarde y lo mejor que por hoy puedo añadir, es la sabida redondilla de Sarmiento.

Pues sabrás, Inés hermana,  
Que el Portugués cayó enfermo....

Las once dan, yo me duermo,

Quétese para mañana.» (Continuará.)

PATRICIO DE LA ESCOSURA.

## UN CUENTO DE AMORES,

ESCRITO

POR D. JOSE ZORRILLA

Y

D. JOSE HERIBERTO GARCIA DE CUEVADO.

CAPITULO III.

Insomnio.

I.

Nací de hidalga familia,  
Mas no de tan noble origen  
Que deba hoy llorar el verme  
En condicion tan humilde.  
Marino en mi juventud,  
Perdí sus buenos abuelos  
Estrando sobre los mares  
Que á la culta Europa ciegan.  
Serví con honra á mis reyes  
En los lejanos paisés  
Donde me arrojó mi estrella  
O la fuerza irresistible  
De los vientos, que me echaron  
A muy remotos confines.  
Una horrorosa borrasca  
Estrelló contra las Sirtes  
Una noche nuestra nave.  
¡Qué noche! á un mastil asime,

Y con las ondas luchando,  
Defendí la vida triste  
Que creí que me restaba  
Con esfuerzos increíbles.  
Recogíome una fragata  
De ingleses, y que avenirme  
Tuve á navegar con ellos  
Hasta las playas de Chile.  
Un rico español prendióse  
De mí, y me empleó en servirle  
En negocios de comercio;  
Y tan bien sin duda lo hice,  
Que quiso en haciendas suyas  
Colonó constituirme.  
Conoció allí una muger  
De las que en aquellos límites  
Del mundo crían los cielos  
Para que el sol las admire.  
Me enamoró su hermosura,  
Me correspondió, y uníme  
Con ella en sagrado nudo:  
Y hémos aquí ya felices.  
Vivimos así dos años,  
Y al fin de ellos fué indecible  
Mi placer al verme padre  
De esa muchacha que visteis  
A vuestro lado esta noche.  
Nació cuando imperceptibles  
Los rayos del sol naciente  
Con purpúrios matices  
Teñían las verdes puntas  
De las palmeras flexibles.  
Nació en un día de abril,  
Cuando empezaba á cubrirse

El prado fértil de flores  
Y las lagunas de cisnes:  
Y en memoria de aquella alba,  
Que haga Dios que nunca olvide,  
Flor del Alba la llamaron;  
Y el Dios que el fruto bendice  
De un amor casto, ha querido  
Que su nombre justifique  
Su hermosura y su virtud,  
Que con su beldad compite;  
Mas como al fin en la tierra  
Dicha completa no existe,  
Su madre murió cuando ella  
Cumplía los cinco abríles.  
Sin ella aquel paraíso  
Me fué destierro insufrible,  
Mi hacienda carga enojosa,  
Arido desierto Chile.  
Devolví, pues, sus terrenos  
A aquel español insigne  
A quien los debí; con oro  
Quiso en vano seducirme:  
En abandonar á América  
Vió mi voluntad tan firme,  
Que al fin me abrazó diciéndome:  
«Vé en paz, y que Dios te guie.»  
En oro me dió el valor  
De mis bienes: conducirme  
Quiso hasta uno de sus buques  
Que me esperaba, y me hice  
A la vela en él, trayendo  
Mi hija y mis memorias tristes.  
A España, donde con mi oro  
En la corte establecíme.  
Mas viendo que las delicias  
De sus ruidosos festines  
Y tumulto me aburrían  
En lugar de divertirme,  
Y que mi hija Flor crecía  
En belleza, y que sutiles  
Los ejemplos de la corte  
Es fuerza al cabo que miran  
La virtud de las mugeres,  
Que no pueden eximirse  
De las torpes seducciones  
De juventud algo libre:  
Compré á un marqués arruinado  
Estos terrones, y vine  
A gozar entre sus muros  
La renta escasa que rinden  
Cuatro tierras que he comprado  
De estos valles en los lindes.  
Aquí olvidado del mundo  
Y en soledad apacible,  
Habitó con Flor-del-Alba  
Las estancias que permite  
Habitarse este palacio,  
Que amaga bien pronto hundirse;  
Aunque no será tan presto  
Que nuestros ojos lo miren.  
Esta es mi historia completa,  
Que á mi vez contaros quise  
La vuestra para pagaros:  
Y ahora, buen joven, que oisteis  
Lo que soy y lo que tengo,  
Que os ofrezca permitidme  
Lo que puedo y lo que valgo,  
Si de algo todo ello os sirve.  
Cama os mandé prevenir  
Y aposento: si á él seguirme  
Gostais, venid, que ya es tarde  
Y acaso el cansancio os rinde.  
Y así diciendo el anciano  
Con halagüeño semblante,  
Echó del joven delante  
Con una luz en la mano.  
Y como el mozo veía



Que la franca esplicacion  
De tan clara insinuacion  
Oposicion no admitia;  
Dejó su cómodo asiento  
Y se dispuso á seguir  
Al viejo, hasta el aposento  
Que le mandó prevenir.  
Saheron, pues, de la estancia  
El uno del otro en pos,  
Perdiéndose así los dos  
En la sombra y la distancia.

## II.

Estaba el aposento destinado  
Para el joven viajero,  
En un ángulo aislado  
De aquel viejo edificio colocado.  
Para llevar á él al caballero,  
Cruzar el viejo le hizo  
Uno tras otro cuarto abandonado,  
Y uno tras otro oscuro pasadizo:  
Por los cuales al ir notó el manco  
El estado ruinoso en que se hallaba  
La mansion que su huésped habitaba.  
Las rotas ó gastadas escaleras,  
Las empolvadas bóvedas sombrías,  
Entre cuyas maderas  
Se filtraban aun en gotas frías  
De las pasadas lluvias las goteras;  
Las doradas molduras,  
Por la humedad y el polvo carcomidas;  
Las puertas de mohosas cerraduras  
No usadas largo tiempo, y derruidas  
De su marco y dintel las esculturas:  
Todo lo reparó; mientras callado  
Su hospedador por ella le condujo,  
Y aquella soledad y aislamiento  
Malá impresion en su ánimo produjo,  
Y aun en su corazón por un momento  
Misteriosos recelos introdujo.  
Dejóle en fin en su aposento solo  
El venerable anciano,  
Y toda idea de traicion ó dolo  
Desechó al contemplar de su semblante  
La candidez, y al estrechar la mano  
Que le alargó al salir, dulce reposo  
Deseándole atento y cariñoso.  
El joven, sin embargo,  
Con precavido examen, cauteloso,  
Su cuarto registró por donde quiera  
Que el pie pudo fijar, tender la mano  
Y dar campo á los ojos: — todo era  
Limpio allí, si no rico: blando lecho  
Con mullido vellón y lienzos hecho,  
Que grato olor á limpios exhalaban,  
A dormir convidaban;  
Y descendiendo en pliegues desde el techo,  
Las ventanas y puertas adornaban  
Blanquísimas cortinas,  
Con gusto puestas, aunque no muy finas;  
Toscos sillas, perchas necesarias  
A uso de quien se vista y se desnuda;  
Encendida y templada lamparilla,  
Todas, en fin, las fruslerías varias  
Con que á un huésped ayuda  
Una fina atencion, del buen anciano  
Allí previno la oficiosá mano.  
Abrió, pues, su maleta el caballero,  
Y echando á un lado su empolvado trage  
Y las botas de viaje,  
Cómuda bata se ciñó; su espada  
Dejó á su lado diestro colocada,  
Y en la cama metiéndose,  
Largo sueño á gozar tranquilo y blando  
Se dispuso en las ropas envolviéndose.  
Pronto vagos delirios é ilusiones  
Fantásticas se alzaron en su mente;  
Vaporosas visiones  
Que cerniéndose en alas invisibles  
Bajan continuamente,  
Del pacífico sueño precursoras,  
A derramar benéfico belemo  
Sobre el mortal que siénte en altas horas  
Con silencioso pie venir al sueño.  
Todos entonces en tropel callado  
Los objetos que vimos en el día  
Toman cuerpo en la loca fantasia  
Y en confuso monton desordenado,  
Llenas de ligereza y poesia,  
Revestidas de formas celestiales

Noe escitan ideas que adoramos  
El sueño al conciliar, mas de las cuales  
Jamás al despertar nos acordamos.  
Mas entre estos delirios del insomnio  
Que adormen al cansado caballero.  
Entre esta multitud de sombras leves  
Precursoras del sueño verdadero;  
Hay un bello fantasma mas visible,  
Mucho mas vaporoso, mas ligero,  
Que se acuerda amorosa y vagamente:  
La encantadora imagen apacible  
De otro viviente ser visto primero.  
Y esta imagen purísima, alba y bella,  
Que entre las pardas sombras del insomnio  
Como lirio entre céspedes descuella,  
Como entre zarzas purpurina rosa,  
Como entre nubes rutilante estrella,  
Como entre toscas y comunes aves  
De real pavón la pintoresca pluma,  
Cual régio buque entre pequeñas naves,  
Como rayo de sol entre la bruma  
De nebuloso lago: es la amorosa  
Sómbera de una muger cándida, hermosa,  
A quien logró mirar tan solo un punto,  
Cuya presencia saboreó un momento;  
Mas cuyo bello y celestial trasunto  
Inefleble conserva el pensamiento.  
Y esa muger con quien despierto sueña,  
Ese delirio que al dormirse adora,  
Y cuya aparicion encantadora  
El sueño de él en alejar empeña;  
Esa muger cuya ilusion divina  
Por rechazar de su memoria lucha,  
Pero cuyo recuerdo le fascina,  
Y á quien á su pesar mira y escucha:  
Es *Flor del Alba* á quien á amar empieza,  
Angel en su hieldad, flor en pureza.  
Así el amor callando se desliza  
En nuestro corazón libre y tranquilo,  
Y con el filtro del amor se hechiza  
A una ilusion así prestando asilo.  
Como ilusion la admite ella traidora  
La hoguera oculta del amor atiza,  
Su belleza ideal la patentiza,  
Y al verla el corazón tan seductora  
Con la ilusion falaz le fanatiza,  
Y al fin ciego de amor la diviniza,  
Y en el altar de la pasión la adora.

Y así como un rocerdo vaporoso,  
Por la puerta no mas de un pensamiento  
Disfrazado; traidor, mudo, alevoso,  
Del viajero en el alma en tal momento  
Entra amor á robarle su reposo.

## CAPITULO IV.

## Música.

Apenas de estas quimeras  
Que en la mente se acumulan  
Del que transire se duerme  
Y á dormirse en paz le ayudan;  
En la del joven viajero  
Se iban lentas una á una  
Disipando, á cada instante  
Apareciendo mas turbias;  
Apenas del blando insomnio  
Las vaporosas figuras  
Dejaban á sus sentidos  
Del sueño en la paz profunda  
Y su tranquilo reposo  
Gustaba, cuando la muda  
Soledad turbó á deshora  
Grata y acordada música;  
Y del manco llegando  
Al oido en luz oculta  
Con su sueño fué ganándole  
El sitio que en él ocupa.  
Tornaron á producirse  
Otra vez las inseguras  
Fantasías del insomnio,  
Y muy pronto entre su turba  
Incolora tornó á alzarse  
La imagen radiante y pura  
De *Flor-del-Alba*, mas bella  
Y luminosa que nunca.  
Pronto el corazón amante  
( Que por acercarse pugna  
Al hechicero fantasma  
Que parece que le busca )

Sonando cree que realiza  
Mil esperanzas absurdas.  
Ya la transparente imagen  
De la adorada hermosura  
Cree que á su lado descende,  
Y de sí mismo tan junta,  
Que con que estienda los brazos  
La puede tener segura:  
Ya al amoroso fantasma  
Vé que una y otra vez cruza  
Por la alcoba en que reposa,  
Y cree que el rumor escucha  
De sus pisadas, y el roce  
De sus leves vestiduras.  
Ya que á la trémula llama  
De la lámpara que alumbrá  
Su aposento, le contempla  
Con amorosa ternura,  
Y con su aliento purísimo  
Le orea, porque le infunda  
Su amor el divino aroma  
Que el blando aliento perfuma.  
Ya en una transicion rápida  
De que los sueños abundan,  
La muger se trueca en ángel;  
El ser terreno se ofusca  
Tras de su célica esencia:  
De tornasoladas plumas  
Brotan alas de sus hombros  
Que á sus espaldas se agrupan,  
Formando un fondo nevado,  
Sobre el cual de su cintura,  
De sus brazos y su cuello  
Los contornos se dibujan.  
De un harpa de oro que al lado  
Tiene, y cuyas cuerdas pulsa,  
Hace brotar ricas clausulas  
De embriagadora dulzura.  
El alma amante con ellas  
En armonia se inunda,  
Y á las etéreas regiones  
Arrebatada se juzga;  
Mas vibran de tal manera  
Las notas con que preludia  
En el alma del dormido,  
Y le hieren tan agudas  
Y tan intimas, que pronto  
Será fuerza que interrumpan  
La influencia soporífica  
Del sueño que le subyuga.  
Y así es: los lentos párpados  
Abre al fin; con mano ruda  
Ase del cómodo lecho  
Las plegadas colgaduras;  
Y aun mal despierto — ¿ Quién va? —  
Con abogada voz pregunta.  
Nadie responde: al reflejo  
De la lamparilla mística,  
Reconoce el aposento  
Que como huésped ocupa.  
Mas todavía del sueño  
Piensa que el Sopor le abruma;  
Pues de él recordando á espacio  
Las imágenes confusas,  
De *Flor-del-Alba* y del ángel  
Al recordar la hermosura  
El son del harpa recuerda;  
Y cree que se perpetúa  
El ensueño pues de un arpa  
Oye el acorde no hay duda.  
Por mas que tenaz dar crédito  
A sus sentidos rehúsa,  
Interumpe el son de un harpa  
La tranquilidad nocturna,  
Y una voz suave cantando  
Con sus clausulas se ayuda.  
Del dulce canto atraído,  
Y á indagar quién le produzca  
Impelido el caballero  
Sentó la planta desocada  
En el pavimento fino,  
Y con precauciones sumas  
Entreabriendo la ventana  
Por la que se oye la música  
Acomóse poco á poco  
Por si á quien canta columbra.  
Mas en vano: desde el ébano  
Con pálida luz la luna  
Plateó un huerto en que ríen  
El abandono y la incuria.  
Su tierra fértil un día

Cubre enredada espesura  
De silvestre yerba, y claro  
Se vé, que el dueño renuncia  
Como á reponer su casa  
A labrar la huerta inculta.  
Esta en su origen fué patio,  
pero recibió cultura  
Coando sus antiguos dueños  
Al dar en peor fortuna  
Sembraron en cuanta hubieron  
No poseores de mucha.  
Este huerto á este patio  
Que altas paredes circundan,  
Forma el centro de la fábrica  
De este edificio, que anuncia  
Próxima ruina ó quiera  
Por infinitas roturas.  
Solo de las cuatro torres  
Que le ciñen, en la una  
Se habita, pues el revoque  
De sus paredes lo acusa.  
Y en esta torre frontera  
A la en que el jóven procura  
Desde su ventana ver  
De la misteriosa música  
El origen, hay abierta  
Otra ventana; mas cuya  
Interior habitación  
A su avara vista hurtan.  
De un enramado jazmin  
La espesa rama fecunda,  
Y una estrecha celosía  
En que las ramas se anudan.  
Allí está pues la cantora:  
De entre la fresca espesura  
De aquel toldo de jazmines  
Y florecillas menudas,  
Brotó aquella voz suavísima:  
Y de allí en sus alas húmedas  
La esparce el aura de mayo  
Por la transparente anchura

De los cóncavos espacios  
Que el aire diáfano azula.  
De allí parte aquella voz:  
Y si es de una criatura  
Humana, Naturalza  
Al dársela la hizo única;  
Pues la formó de los tonos  
Con que armónicos la arrullan  
Los ruiseñores del bosque,  
Las fuentes que le fecundan,  
Los ecos que les remedan  
En las escondidas grutas,  
Y el aura que entre las hojas  
Suelta y lasciva susurra.  
Tal es la voz que la calma  
De la muda noche turba.

Voz que encierra  
En el concerto  
De su acento  
Celestial;  
Cuanlos ecos  
De alegría,  
De victoria,  
De agonía,  
Y de gloria  
Juntaría  
Si se oyera  
Toda entera  
La armonía universal.

Voz que gime  
Congojosa;  
Voz sublime,  
Vagarosa,  
Que levanta  
Misteriosa  
Melancólica canción.  
Voz sonora  
Que á par canta,  
Y á par llora

Los delirios  
Apacibles,  
Los martirios  
Insufribles  
De un amante corazón.

Blando son  
Que el viajero  
Con aliento  
Retenido,  
Oye atento  
Y embebido  
En su balcon:  
Y antes que suene en su oído,  
De aquella nocturna endecha,  
Vá la música derecha  
A arrullar su corazón.

Vago encanto  
Con secreta  
Simpatía  
Le sujeta  
De aquel canto  
A la armonía:  
Y aunque ciego  
No comprende  
La razón;  
Siente luego  
Que la calma  
De su alma  
Pierde ciego  
Y le enciende  
Dulce fuego  
Al oír la voz lejana,  
Que á través la celosía  
De la florida ventana,  
El mágico son le envía  
Del arpa y de la canción.

(Continuaré.)

## PELIGROS DE MADRID.



Inconvenientes de embullarse en Madrid al prójimo donde rotejan.